

Cristo como vida y realidad para la edificación de la morada de Dios en amor

IV. La necesidad del Pan de vida para nuestro: Llamamiento, consagración, ejemplo, testimonio y esperanza (Jn. 6:57; He. 8:10, 11)

Este último tiempo el Señor ha obrado en mí, sobre todas las cosas, con una palabra muy clara acerca de la consagración. El Señor me tocaba en cada palabra, en cada situación, en cada reunión, con la necesidad de consagrarme a Él. No veía otra cosa que querer consagrarme al Señor. Y ese deseo no procedía de mí, sino de Él.

Otra de las cosas que he experimentado es que tenemos una necesidad muy grande de comer el Pan de Vida. El Señor dice en Su Palabra: *“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”* (Fil. 2:13). ¿Cuántas veces nos hemos propuesto hacer algo, o entregarnos por completo al Señor, y cómo ha terminado nuestro intento? En mi caso ha terminado mal en muchas ocasiones. Nuestro querer se evapora muy rápido. Sin embargo, el Señor es Fiel. Dios es Fiel, y por Su buena voluntad produce en nosotros así el querer como el hacer. Si realmente comemos al Señor, comemos Su palabra, experimentamos la realidad del Señor, entonces Él producirá nuestra consagración a Dios. Va a producir tanto el querer como el hacerlo. La consagración será una realidad en nuestra vida. Si nosotros nos consagramos al Señor es porque Él es la realidad de la consagración al Padre. Si me consagro al Señor es porque Él se consagró primero. Él vivió una vida de consagración por completo.

Me gustaría tocar ahora tres puntos sobre este asunto. La unión entre el llamamiento de Dios y la consagración, y el fruto, que es el ejemplo y el testimonio, así como nuestra esperanza. Vamos a leer dos versículos en Juan 6:26-27: *“Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y*

os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre". El Señor se disponía a explicar la diferencia entre el Maná y el pan que descendió del cielo. Cuando habla de la comida que perece se refiere al Maná, y cuando habla del pan que descendió del cielo se refiere a Sí mismo. Además dice: "*La cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre*". Él es el verdadero pan de vida.

1. Llamamiento: Procede de Dios

(Ef. 1: 4; Ef. 1:17 y 18; 1 Co. 1:9; Ef. 4: 12 y 13)

He experimentado el llamamiento del Señor, y me gustaría hablar de lo que el Señor hizo conmigo. Yo llevaba una vida desinteresada respecto a las cosas de Dios, aunque un día el Señor puso en mi corazón el leer la Palabra. Cuando la leí me di cuenta de que había algo diferente. Yo personalmente no creía en el Señor, no creía en nada, pero había algo diferente aquí, algo que cambió mi pensamiento y mi comportamiento. El Señor abrió mis ojos y me enseñó algo distinto, tan diferente que me hizo pensar, que me hizo meditar. Esa Palabra me impactó, y aunque todavía no había recibido al Señor ni me había bautizado, el Señor ya me había llamado. Es algo maravilloso. Este pan de vida que comemos cada día tiene que impactarnos a diario. El Señor siempre tiene que impactarnos cuando le comemos, porque al final somos lo que comemos. Si comemos al Señor, manifestamos al Señor.

El llamamiento le pertenece a Dios, y no a nosotros. Él es quien nos llama a cada uno de nosotros. Él prepara lo que necesita, y a Su tiempo. A lo largo de la historia vemos a muchos hermanos que han sido llamados. Un ejemplo que me gusta mucho es Moisés, porque él fue llamado para guiar a Su pueblo, de igual manera que el Señor Jesús fue llamado a guiar a Su pueblo espiritual. A Noé también lo llamo Dios a edificar el arca. El pueblo de Israel también fue llamado a salir de Babilonia. Vemos muchos llamamientos a lo largo de la historia, pero el más importante de todos es el de Jesucristo. El Señor fue llamado a hacer una obra perfecta. Aunque haya habido muchos llamamientos, el último y supremo ha sido el de Jesucristo. Y a partir de nuestro Señor todos hemos sido llamados al supremo llamamiento en Cristo Jesús, porque ahora el llamamiento es en Cristo¹.

¹ Filipenses 3:14 "*prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*".

2. Consagración: Depende de nosotros

(He. 10: 9 y 10; Jn. 6: 38; Fil. 2: 12 y 13; Ro. 12: 1-2)

Él ha cumplido todas las cosas, ha cumplido la voluntad del Padre. Es por eso que tenemos la necesidad de comerle cada día como ese pan que verdaderamente nos alimenta, porque Él se entregó para hacer la voluntad del Padre. Del mismo modo, nosotros, debemos comer del pan que descendió del cielo para hacer Su voluntad. Leamos en Juan 6:57: *“Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí”*. Tenemos la necesidad de comer y de vivir al Señor. Para vivir por Él y hacer Su voluntad tenemos que venir a Él. Para poder consagrarnos tenemos que venir al pan de vida. El Señor nos ha llamado y quiere una consagración. Él mismo es quien une el llamamiento y la consagración. Tenemos la necesidad de comer la humanidad del Señor: *“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece”*.

El Señor también dijo: *“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”* (Jn. 5:17). Al leer esto pensé: ¿si el Padre trabaja, y el Señor trabaja, que es lo que hago yo? ¿Espero recibir el maná del cielo? ¿O como la comida que perece? ¿Trabajo por la comida que a vida eterna permanece? A lo largo de nuestra vida cristiana hay momentos de alabanza, de gozo, de tribulación, de aflicción, porque hay un tiempo para todo, incluso hay un tiempo para trabajar. El Señor nos revela que es tiempo de trabajar. Para poder consagrarnos tenemos que trabajar.

Sobre la consagración me toco mucho la vida de Daniel, y en concreto el capítulo 9. La oración de Daniel, la manera en la que se dirige a Dios, y cómo reconoce a Dios como el Altísimo, como el Poderoso, como el Bueno. Para mí lo esencial es que Daniel llevo una vida consagrada. Dios le dio mucho, y Él estuvo consagrado toda la vida. La Escritura nos dice que no se hallaba falta en él. A mí me impresiona la visión que tenía por su pueblo, la visión que tenía por Jerusalén. De igual manera la tenemos que tener nosotros y tomar la iglesia como nuestra única visión. Lo que quiero expresar es que para poder consagrarnos tenemos que apartarnos de todo lo que no es agradable a Dios. En Daniel no se hallaba falta, llevaba una vida consagrada, pero, aun así, él tomó el pecado del pueblo como suyo, se hizo uno con el pecado del pueblo. Nosotros también tenemos que hacernos uno con todos los hermanos y las situaciones, sean cuales fueren, uno con la iglesia. Aunque Daniel estaba en todo momento apartado de ese pecado, él era uno con el pueblo. El Señor necesita de nosotros una consagración completa. Antes dije que somos lo que comemos, y si nosotros nos

consagramos es porque comemos a Aquel que se consagró y dio testimonio de la realidad de la consagración.

La Palabra nos dice: “*Sed santos, porque Yo soy santo*” (1 Pe. 1:16). Yo no puedo ser santo porque haga bien las cosas, Él es la santidad en mí. También estuvimos compartiendo que Él se santifica a Sí mismo. Eso es algo maravilloso. Se ha dado a Sí mismo, nos ha dado Su espíritu, Su persona, Su vida, y nos quiere cambiar. Él obra en cada uno de nosotros, y cuando obra y es manifestado se santifica a Sí mismo, porque nosotros estamos andando en Él, en Su santidad. Esto ocurre cuando permanecemos en Él, cuando realmente Él es nuestro pan de vida.

3. Ejemplo y testimonio: Él mismo, Su persona, Su vida, lo es para nosotros (1 Pe. 1: 15 y 16; 1 Tim. 4: 12; He. 11: 2,4 y 5)

Otro punto que me gustaría tocar es que el fruto o la consecuencia de la consagración al Señor es el testimonio o ejemplo que damos. Como dice 1 de Timoteo 4:12: “*Sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza*”. Al final todo se resume en que todos hemos recibido un don divino, la gracia de Dios, para que sea expresado a través de nosotros. Cuando estaba preparando en la Palabra este mensaje pensaba y le decía al Señor que no puedo llevar cualquier cosa a la reunión. Cuán importante es el testimonio de cada uno de nosotros. No podemos traer cualquier cosa a la iglesia. Es nuestra responsabilidad verdaderamente comer el pan de vida y que Cristo sea quien se manifieste. Nuestro testimonio no sólo se reduce a hablar aquí, como lo que estoy haciendo ahora mismo. No podemos traer cualquier cosa a la casa de Dios, nuestra vida tiene que ser un verdadero ejemplo y un testimonio. Cada uno de nosotros tiene también una responsabilidad igual de grande que la que tengo yo ahora dando este mensaje. Dios nos ha dado a cada uno de nosotros una responsabilidad muy grande. Cada palabra que sale de nuestra boca tiene que ser un testimonio de santidad, de luz, de verdad, de amor. En toda nuestra vida, en nuestra casa, con la familia, con los hermanos, tenemos que traer la vida que nos da el Señor. Y tenemos que tener claro que lo que comamos es lo que vamos a expresar.

Podemos ver el ejemplo de muchos varones en Hebreos 11:2: “*Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos*”. Dios es quien toma nuestra vida y da testimonio de lo que hemos hecho. De igual manera ocurrió con Enoc. A veces creemos que tenemos que hacer grandes cosas, cosas que se vean, pero Dios dio testimonio de que Enoc caminó 300 años con Él. El

Señor busca estos testimonios, allí donde vamos, en nuestro trabajo, en nuestra casa, en todos los sitios donde estamos somos un ejemplo y un testimonio. Juan 6:57-58 dice: *“Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”*. El Señor nos muestra en esta palabra la necesidad que tenemos de comerle y beberle, porque todo debe producirlo Él. Su carne nos nutre, nos alimenta, pero Su sangre nos limpia de todas las cargas. Necesitamos al Cristo todo inclusivo.

4. Esperanza: Comer y beber Su humanidad por el espíritu nos lleva a tener esperanza

(Jn. 6: 55–57, 68; He. 9:14; 1 Tes. 1:3; 5:8; Tito 1:1-2)

Hay un vínculo maravilloso entre la fe, la esperanza y el amor. Sin embargo, necesitamos al Señor como nuestra comida. Su carne, Su vida que experimentamos y expresa al Señor. Necesitamos toda Su humanidad al completo.

¿Por qué la fe? El Señor nos dice que nos ejercitemos en la Fe, en el espíritu, en el amor. La Fe obra, pero el amor es el que trabaja. Dios dio a Su hijo por amor al mundo y el Señor dio Su vida por amor a Su iglesia.

Si tenemos esperanza es porque el alimentarnos de Él produce que tengamos esa esperanza, no porque seamos competentes, no porque sabemos o tenemos mucho, sino porque experimentamos al Señor y Él fluye como una esperanza en nosotros.

Espero que el Señor nos siga revelando la necesidad que tenemos de comerle y de beberle para ir adelante en esa consagración.

MSJ